

EL ABOGADO DE LOS HIJOS DEL DIABLO

«Para el autor de este libro
toda ayuda psiquiátrica es poca»

De un informe de lectura
a *Crash*, de J. G. Ballard

DE NEBULOSAS Y PECES GORDOS

No supe cómo empezar a escribir este libro hasta que me topé con otro, titulado *Cómo tener éxito con las mujeres*¹.

Vale, ya lo he dicho.

No es que me faltara material: al alcance de todo lector curioso están, en primer lugar, los rechazos clásicos (Proust, Orwell, Kennedy Toole...) que se mencionan en varios libros sobre el tema. Y también las memorias de autores y editores, por lo general comedidas pero siempre repletas de nombres propios, tal vez porque el editorial es un mundo amante del *name-dropping*.

En segundo lugar tenemos las nebulosas de autores inéditos que atestan el ciberespacio: de tantos aprendices de escritor y novelistas casi publicados, todos ellos llamados a colgar en sus páginas web los rechazos que obtienen de revistas que publican ficción de saldo, agencias que no quieren representarles, editoriales que no están interesadas en publicar su obra. Como amapolas desperdigadas en un campo de trigo, de cuando en cuando aparecen aquí juicios sumarísimos, comentarios extemporáneos, salidas de tono escudadas en el anonimato.

El resultado es un bucle. El relato, un millón de veces repetido, del autor cuyo fabuloso manuscrito le es devuelto por un editor que no lo ha sabido apreciar y tal vez ni siquiera ha leído. Una misma historia, un mismo guión con idénticos resultados en el

que –como si de un folletón de medio pelo se tratara– sólo cambian los nombres. ¿El responsable? Por lo general uno, el pez gordo, personificado en la editorial de turno que ha perdido el norte y no sabe reconocer el talento, aun a pesar de tenerlo enfrente de las narices.

Creí que debía documentarme, pero llegué a la conclusión de que a veces demasiada información aburre. Aunque eso tiene cura inmediata: basta con apagar el ordenador y salir de casa.

Sin embargo, ya en la calle tampoco veía claro el porqué de un libro sobre el rechazo editorial. A día de hoy, un editor independiente que publique apenas treinta títulos anuales puede recibir seis nuevos manuscritos a la semana, lo que significa que al acabar el año se habría visto forzado a rechazar más de 250 obras. En el caso del editor de un sello importante dentro de un poderoso grupo editorial, ese número puede multiplicarse fácilmente por quince. ¿Cómo no se les va a escapar alguna perla de cuando en cuando? Culparles por hacer su trabajo sería como insultar al estanquero porque han vuelto a subir el tabaco: algo tal vez legítimo, pero sin duda excesivo.

Además, como dice Manuel Rodríguez Rivero en un artículo que también citaré más adelante,

En el fondo, y visto con perspectiva, tampoco importa demasiado (salvo, y solo temporalmente, para el autor en ciernes) que un editor «pierda» una obra valiosa. Lo que cuenta es que finalmente sea publicada y, sobre todo, leídaⁱⁱ.

Y en ésas estaba cuando regresé de mi paseo y me topé con el libro que necesitaba.

USOS DEL SEDUCTOR ALTAMENTE EFICAZ

Cómo tener éxito con las mujeres está escrito por Ron Louis & David Copeland. Son dos entrenadores personales que, entre otras cosas,

te enseñan a captar la atención de una mujer en el mismo segundo en que la conoces, el modo en que debes vestirme o los cinco mejores lugares para conocer chicas¹. Lo admito, a simple vista tiene pocas semejanzas con el tema del rechazo editorial.

Sin embargo, mientras revisaba la sección titulada «Los usos del seductor altamente eficaz» tuve una epifanía. En esa sección, los autores definen al seductor eficaz –y por eficaz entendemos aquél que obtiene conquistas con mayor frecuencia que otros– como alguien que no se queja como un niño si no le dan lo que desea: una persona consciente de que le toca a él iniciar una conquista, aun a riesgo de que le den con la puerta en las narices, y que no se lo toma a pecho cuando le rechazan, pues está convencido de que el NO forma parte del juego y al cabo de oír NO muchas veces se demuestra esa gran verdad que en lengua española se enuncia así: «Quien la sigue, la consigue.»

Tras leer esto, me dije que Louis & Copeland deberían haber escrito un libro sobre el rechazo editorial para autores primerizos. Pero no, no lo han hecho, tal vez porque opinan que para el futuro de nuestra especie es más importante que todos los tímidos del mundo abarroten las librerías y saquen a cenar a esas chicas tan inteligentes que leen y leen sin comerse un roscó.

«Así que me toca intentarlo», me dije. Y acto seguido, supe que el único modo honesto de hacerlo implicaba plantearme si debía o no tomar partido.

Pero, en tal caso, ¿por quién?

Enseguida vi que no iba a ser fácil, tal como se explica en los siguientes apartados.

¹ Por orden y glosando algunas de sus ideas: 1. Cafeterías (llenas de chicas que leen mientras aguardan a que un extraño les dé conversación) 2. Centros comerciales (con mujeres de todas las edades, el lugar idóneo para refinar tus dotes de seductor) 3. Librerías (llenas de chicas listas que no encuentran varón... ¿o por qué crees que leen tanto?) 4. Bares (ningún hombre ignora que borrachas son algo más fáciles que sobrias) 5. Internet (hace quince años sólo servían para conocer a chicas entraditas en carnes. Por fortuna, las cosas han cambiado mucho.)

TODOS HIJOS DEL DIABLO

Así como los pueblos tienen fama, así también los oficios. Del mismo modo que el tópico pinta al irlandés borrachín y lánguido al portugués, así los porteros de discoteca son oligofrénicos, los hombres del tiempo unos ineptos y los editores... Bueno, los editores son el *enemigo* que roba el pan al pobre artista y se enriquece con su genio.

Esto, claro está, no tendría por qué tener el menor parecido con la realidad para ser cierto, pues basta con que se haga correr la voz para que el mundo lo crea, sobre todo si la publicidad te la hacen las plumas más inspiradas que puedan encontrarse. Algo que puede comprobarse en los siguientes ejemplos:

1) «Los editores son todos hijos del diablo. En algún lugar debe haber un infierno especial para ellos.» Goethe

2) «Así como los sádicos reprimidos se hacen policías o carniceros, así aquellos con un miedo irracional a la vida se convierten en editores.» Cyril Connolly

3) «Uno debería luchar como un demonio para no caer en la tentación de hablar bien de los editores. Todos sin excepción se revelan, al menos durante algún tiempo, como gente incompetente o chiflada.» John Gardner

Con semejante mala baba, más de un político quisiera haberles fichado para machacar a la oposición.

Pero no dejemos que esto nos aleje de algo que debemos resenar cuanto antes: que en el fondo les asiste la razón.

Lo repito: tienen toda la razón.

En efecto, desde que existe la letra impresa abundan las historias de editores abusivos que regatean los derechos a sus autores. En España lo sabemos mejor que nadie, pues aquí nació la novela moderna y el mero hecho de que su creador, Miguel de Cervantes, muriera pobre como una rata ratifica desde entonces to-

das y cada una de las críticas proferidas contra el gremio de los editores allá donde la gente lea y escriba.

Y SIN EMBARGO...

Y sin embargo, ¿no puede echarse pestes de todos y cada uno de los oficios del mundo? Quien ha hecho obras en casa, ¿conoce acaso a un albañil puntual? Quien ha visto un debate en el Congreso, ¿sabe si existe algún político que admita su ignorancia? ¿Qué nos ha enseñado la historia inmediata sobre los analistas financieros y su ceguera para avistar crisis sistémicas, o sobre los diplomáticos y su supuesta capacidad para resultar invisibles, por no hablar de los sacerdotes y la lascivia? Por último, ¿no son también los escritores un poco lloricas, como hemos sugerido más arriba?

Además, en el caso de los editores existe otro factor a tener en cuenta: sin esos chiflados hijos del diablo y su miedo irracional a la vida no habríamos tenido libros que leer. Los escritores, a los que por lo general les basta con escribir, les necesitan para difundir su obra. Y nosotros para leerla.

Los editores son, en cierto modo, un mal necesario, como los hospitales: no sabemos si al acudir a ellos con un catarro nos encontrarán un cáncer, pero tampoco tenemos el valor de quedarnos en casa si no logramos detener la hemorragia.

De modo que puestos a elegir, entonces, entre la gallina editorial y el huevo novelista debemos tener claro si estamos seguros de qué pasará si la matamos (¿habrá huevo?) o lo rompemos (¿nacerá la gallina?).

ALGUIEN TENÍA QUE HACERLO

Creo haber mostrado cómo no todo es blanco o negro. No obstante, voy a tomar partido por quienes ponen los libros en las librerías.

Por dos razones.

La primera es la proximidad: conozco a los trabajadores del mundo del libro lo bastante como para admirar la dedicación obsesiva, las lecturas realizadas robando horas al sueño, los sueldos míseros, los minutos de consulta psicológica telefónica gratis al novelista solitario, el hecho de que jamás hayan cobrado una sola hora extraordinaria y, sin embargo, se sientan orgullosos de su trabajo y crean formar parte de una rancia aristocracia que a todas luces languidece ante el empuje de lo audiovisual y la chifladura de la junta de accionistas de turno.

La segunda razón es mucho más prosaica y se enuncia así:

Alguien tiene que hacer de abogado *de los hijos* del diablo, ¿no?

De modo que ya lo sabes, lector: si compraste este libro porque una editorial rechazó tu novela y esperabas que yo te pasara una mano por el lomo, lo llevas claro.

Ahora bien, si eres de los que conocen que el rechazo no es sino una etapa más en el juego, y que el amor espera a la vuelta de la esquina, sé bienvenido.

Porque has llegado al lugar indicado.